

Carlos Montemayor

Para los griegos, en la *democracia* el poder pertenecía al *demos* o *pueblo*. Ahora, ¿dónde radica el poder?, ¿en los pueblos o *demos*?, ¿en el Estado?, ¿en los grandes consorcios transnacionales que se autodenominan *libre mercado*?, ¿están formados los *pueblos* o *demos* de hoy verdaderamente por hombres libres?, ¿en qué medida es válido seguir diciendo que los gobiernos deben asegurar la libertad de los individuos?, ¿en qué medida la libertad de los pueblos significa la integridad de un Estado?, ¿en qué medida el actual cambio del mundo suprime o necesita de esa integridad?

En los tiempos no muy remotos de Juan Jacobo Rousseau, la soberanía popular y los derechos esenciales de los ciudadanos se derivaban fundamentalmente de un supuesto político, no histórico, llamado Contrato Social. La globalización está prescindiendo de ese supuesto y ya no es fácil asegurar que la libertad de los pueblos o la soberanía popular signifiquen la integridad de un Estado. Hay una permanente abdicación de las soberanías en materia de política económica que los gobiernos actuales llaman *modernización*. Evidentemente que las reglas del comercio no las dictan ya los Estados; hay otro poder por encima de ellos, tangible en términos financieros y políticos.

Sin embargo, sólo los sectores que gozan de bienestar social se desarrollan a plenitud tanto política como culturalmente. Podemos decir que una sociedad que excluya de ese beneficio de desarrollo pleno a la mayoría de su población no es democrática. En muchos países se confunde la estabilidad social con la violencia institucional de la pobreza, el analfabetismo o la desnutrición. La discriminación racial contra minorías

* Discurso de clausura del Festival Internacional Ollin Kan Tlalpan, Foro Resistencia y Alternativas+, 30 de mayo de 2004, publicado en: *Foro Resistencia y Alternativas. Memoria*, Edición especial de distribución gratuita por la Delegación Tlalpan del Gobierno del Distrito Federal, México, 2006, pp. 285-289.

turcas, negras, asiáticas o de origen hispanoamericano en el llamado Primer Mundo es apenas una parte visible de estos cambios. La nueva idea de la naturaleza del hombre y sus derechos lleva a los gobiernos a sancionar legalmente la exclusión de trabajadores en muchas regiones del mundo sometidos a índices de pobreza extrema o a rechazarlos bajo un estereotipo que los deshumaniza y que usualmente se llama trabajador o migrante ilegal.

Resulta paradójico en la globalización el aumento de las organizaciones de defensa de derechos humanos cuando de manera desmesurada aumenta la pobreza en el mundo y los gobiernos se repliegan ante la fuerza de los organismos financieros internacionales. Es extraño que no veamos en este empobrecimiento una violación más profunda y definitiva de los derechos humanos. La miseria extrema cancela de manera definitiva el desarrollo intelectual, físico y político de millones de individuos en zonas urbanas y rurales del mundo. Esta cancelación de vida plena es en verdad equivalente a la cancelación de todos los derechos humanos.

¿Por qué ahora la comunidad internacional aplaude que nuestros países sean democráticos en un sentido electoral?, ¿por qué los organismos financieros internacionales se interesan en países *democráticos*? Su actitud se contradice con el control que ejercen sobre los gobiernos del mundo, que debilita cada vez más la rectoría de los Estados y aparta a los gobiernos de políticas sociales prioritarias. Por otra parte, la implantación de esta política económica mundial no fue producto de un acuerdo democrático entre todos los países, sino impuesto. Los organismos financieros aplauden la democracia electoral, pero los gobiernos electos deben aceptar los ajustes forzosos, no democráticos, a un modelo piramidal y vertical.

Individuos, sectores, sociedades, regiones enteras del mundo pueden quedar excluidos de la vida productiva de las repúblicas. Para el actual modelo económico mundial no hay ahora pueblos para esclavizar, someter o conquistar. Ahora hay pueblos prescindibles. En la nueva imagen del mundo los pueblos prescindibles y sus territorios se localizan en una zona designada con un término aparentemente geográfico, pero que es más espiritual y político: se llama *Sur*. Por el contrario, el ser humano pleno y sus regiones espirituales y políticas se localizan en los confines del planeta que espiritual y políticamente se llaman *Norte*.

Del *Norte* provienen las nuevas ideas sobre el ser humano, los derechos humanos, la democracia y el libre comercio. Sin embargo, el *Norte* no es en su totalidad geográfica el lugar donde reside el bienestar del Primer Mundo ni el de la plenitud de todos los valores humanos que supone contener el concepto político denominado Norte. El *Sur* tampoco es en su totalidad geográfica el lugar de residencia del atraso, la superstición y la ineptitud.

La actual globalización no ha hecho por ello más universal a nuestro mundo, sino más fragmentario. Antes se habló de un *Nuevo Mundo* por contraposición al *Viejo Mundo*. No hace mucho comenzó a hablarse del *Primer Mundo* que se distinguía de un *Tercero* compuesto por *países en desarrollo*. A los vestigios del *Segundo Mundo* se la llama todavía *países del Este*. La distinción *Norte-Sur* no ha recompuesto verdaderamente la imagen del planeta como un solo lugar de ocupación de la vida humana. El Norte es ahora el nombre del Primer Mundo y el Sur es ahora la denominación del Tercero. Hay vacíos en esta imagen. Y los seguirá habiendo mientras nos distingamos entre los valores políticos que han surgido de la historia de los pueblos y los modelos que los núcleos de poder militar y económico han querido imponer a los pueblos.

Estamos viviendo en una época caracterizada por el desplazamiento de las categorías clásicas de la geografía y el ascenso de una nueva forma de composición política y económica del mundo en la que los países se definen con nuevos valores económicos y la población se somete a un nuevo concepto de la naturaleza del hombre y de los derechos humanos. Estamos, en materia económica, ante lo que en buen castellano y en el análisis del pensamiento político debemos llamar un nuevo colonialismo y no ante una nueva etapa del progreso humano.

Este proceso de neocolonialismo ha implicado también una reestructuración de valores y contenidos culturales. Varios países del Norte ejercen una poderosa atracción para movimientos migratorios provenientes de la zona económica llamada del Sur. Es imposible cerrar fronteras a estos movimientos. Llegan asiáticos y sudamericanos a Estados Unidos, asiáticos a Europa, magrebíes y saharianos a España, nigerianos y argelinos a Francia, kurdos a Alemania. Este flujo permanente va abriendo de manera lenta las fronteras a contracorriente de lo que el modelo actual globalizador establece o supone.

Ahora no podemos entender la identidad cultural como algo que sólo se cohesiona a partir de un territorio específico, de un lazo que une a los pueblos con la tierra (es decir, con la *geografía*), la lengua, la familia y el trabajo. El %nosotros+ que somos aquí, el %nosotros+ de los magrebíes, de los kurdos, de los musulmanes, de los tailandeses, de los salvadoreños, de los zapotecos o mixtecos; ese %nosotros+ está fuera de su medio geográfico y de sus municipios, de su familia y de su contexto lingüístico. Sin embargo, ese %nosotros+ sigue manteniéndose coherente porque ha tenido que recurrir a mecanismos peculiares de resistencia. Cada uno de esos núcleos no son necesariamente %nosotros+, ahora son también %los otros+ que %ellos+ (los del Norte) no quieren. No hay solamente una dinámica interna de cohesión, también hay una dinámica exterior de identidad que se les va imponiendo a los núcleos migratorios como %los otros+.

La sociedad francesa, alemana, española o norteamericana reconoce y presiona con esa otra identidad específica a quien infringe el pulcro modelo de fronteras cerradas a los hombres y de fronteras abiertas a mercancías y capitales. Llegamos a vernos a %nosotros+ mismos gracias a que nos hacen sentir que somos %el otro+ que ellos no quieren, sobre todo cuando se nos otorga la identidad denominada *migrante ilegal*. Tal relación va provocando en estos grupos étnicos minoritarios que llegan a Europa o a Estados Unidos una reacción interna que toma varios cauces. Uno es la especialización en el trabajo, que va convirtiéndose en una cadena que enlaza y asegura la continuidad y expansión para el grupo que ha logrado cruzar las fronteras. Junto al polo del trabajo vuelve a surgir también de manera importante el parentesco; se convierte en otro dato vital para la subsistencia de ese movimiento migratorio que ya está fuera de su geografía y fuera de su estado natal, de su lazo territorial originario. También la lengua vuelve a operar como un mecanismo de cohesión, de identidad.

En ocasiones igualmente sorprende la muy fuerte reacción religiosa de gran parte de los jóvenes de la segunda o tercera generación de migrantes musulmanes en Alemania o en Francia. Regresan de manera muy intensa, en ocasiones casi fundamentalista, a sus hábitos religiosos tradicionales. No sorprende ver en Egipto, Irak o Irán a las mujeres con velos. Pero sorprende ver así a las jóvenes estudiantes en la Sorbona o en la Universidad de Berlín.

En ocasiones se mantiene además un lazo con la comunidad de origen. Es el caso de los mazatecos, zapotecos o mixtecos en Estados Unidos. Pero también ocurre en otras zonas de Europa y Asia con migrantes como los kurdos, los bereberes y los chinos.

¿Cómo entender estos focos, estos nuevos niveles de procesos de identidad que pueden generar cambios en el nuevo territorio de llegada y en el viejo territorio de salida? En la colindancia de varias lenguas es un fenómeno natural la subordinación de unas a otras. En México el idioma español ha operado como un arma en contra de las culturas indígenas. Hace 40 años en México no estudiábamos en primaria español o castellano, estudiábamos *lengua nacional*, entendiéndolo como tal la que debía imponerse por sobre todas las otras lenguas del territorio. Por tanto, la identidad cultural a partir de la lengua española sólo ocurre en ciertos estamentos sociales, en ciertas dinámicas regionales, pero no en las culturas o grupos indígenas.

Desde hace algunos lustros, por no decir décadas, la lengua española tampoco se ha visto como un patrimonio o un lazo de unidad en España misma. Los catalanes, los vascos, los gallegos e incluso los valencianos tienen su propia idea de lo que son las lenguas de España y de lo que es la imposición del castellano. Una lengua da identidad cuando se sustenta en una comunidad de intereses o valores compartidos por todos, no cuando está impuesta por grupos o regiones que no parten de los mismos contextos. En este sentido, la lengua española no es una garantía de identidad en todos los pueblos que viven, han vivido o se han desarrollado bajo ese patrón lingüístico. ¿Cuándo sí tiene este valor?, ¿cuándo no tiene ese valor?, son preguntas útiles, porque en unos cuantos años Estados Unidos será, después de México, el segundo país del mundo con mayor población hispanohablante. Algo tenemos que revisar de nuestra cultura e identidad dentro de nuestras fronteras y fuera de ellas. No sabemos cuáles son las fronteras que se han llevado los hispanohablantes a lo que en algunos años será el segundo país de habla española en el mundo. Algunas de esas fronteras habrá de eliminarlas, algunas otras habrá que fortalecerlas.

En el mundo actual las fronteras están cambiando, pues, por un modelo económico globalizador que no es inevitable ni eterno como las leyes naturales del invierno o la primavera. Este modelo está afectando de manera inmediata valores del pensamiento político clásico tales como Estado,

pueblo, democracia, justicia social o soberanía. Está afectando nuestra idea de fronteras, además, por el libre paso que se exige para las mercancías el capital y el aumento de obstáculos al libre flujo de trabajadores reducidos al estereotipo de *ilegales*. Pero está afectándonos, además, porque el modelo no puede contener el movimiento migratorio de Asia, de África, de América, del mundo entero hacia los polos de mayor enriquecimiento actual

De estos cambios de fronteras surgen procesos de modificación de culturas que podríamos haber creído estáticas o definibles, pero que una vez fuera de sus territorios están reflejando la diversidad cultural misma de la que nacieron en sus propios lugares de origen. Se transforman y crean una nueva dinámica, tanto con la sociedad donde se establecen ahora como con las sociedades de donde salieron.

Uno de los puntos es la religión, como lo podemos observar sobre todo en la migración musulmana. Otro de los puntos es la lengua, como lo podemos observar en la mayor parte de los movimientos migratorios del mundo, incluyendo aquellos grupos indígenas mexicanos que han ido desplazando al español como lengua de trabajo hacia el inglés como nueva lengua de labor. Estos procesos de cambio en el mundo nos exigen también cambios a cuadros políticos. Ahora sabemos que nosotros no solamente somos nosotros, somos también los otros que muchos no quieren. ¿Cuál %nosotros+debemos seguir siendo?